
X

La gracia es la del Marqués de Aguilar, lo demás es conversación.

Porque pasa con esto de los ripios lo que con otras muchas cosas.

En materia de gimnasia, por ejemplo, sin contar los saltos políticos, más ó menos mortales, como el de Romero Girón, se ha visto ya tanto, se han presenciado ejercicios tan sorprendentes y tan peligrosos, que, hoy en día, para que un funámbulo ó acróbata llame la atención, se necesita que haga verdaderas barbaridades.

Y lo mismo sucede en el escribir.

Han dado de sí ripios tan enormes y han proferido tan risibles y extrajudiciales despropósitos los condes y marqueses aficionados al roce literario, que el que de ellos quiera sobresalir ahora y distinguirse un poco del vulgo de la clase, también necesita decir barbaridades verdaderas.

O falsas; pero en fin, que sean barbaridades.

Y que sean dichas con alguna novedad: si no, es cosa perdida.

Así lo ha debido entender Joaquinito, Joaquinito. Escribá (no se olvide el acento, que aquí hace falta) de Romany, que es el ripio, digo el marqués del día; así lo ha debido entender, y sin duda por eso ha escrito sus ripios en prosa.

—¿Qué voy á hacer yo?—diría Joaquinito para sus botones dorados:—¿qué bicha voy á pintar yo escribiendo en verso? En primer lugar no sé; y en segundo lugar, por muy mal que lo hiciera, no pasaría de ser un simple imitador de mis consortes los marqueses de la Pezuela, de Valmar, de Monesterio, de Molíns, de Auñón,

Y tantos otros que escribieron antes,
Sin quitarse los guantes....

Nada—debió continuar diciendo para sí el marqués;—ripios en verso cualquiera de mi laya los produce, con la misma naturalidad con que el roble produce bellotas; lo raro sería la prosa con ripios. . . . ahí está la gracia. . . .

Y tras de estas reflexiones ó como se llamen. . . . ¡cataplum!. . . . estalló el artículo correspondiente.

El lugar del siniestro ha sido la casa de Astrarena; el envoltorio del petardo un número del periódico *La Unión*, con acento; desgracias personales, descalabrado el sentido común, con más la fractura de las dos piernas de la gramática; y ha tenido participación en el crimen como autor (usando la imperfecta, francesa y ridícula frase de la ley), el marqués de Aguilar, ya referido.

Fué el caso que *La Unión*, en su rabiosa contienda con los carlistas, quiso hacer un alarde de fuerza política y literaria, y empezó á publicar cada día un artículo con firma diferente. Y corriendo la rueda, *currente rota*, como decía Salomón (atribuiremos al Sabio la *Eptstola ad Pisones*, ya que *La Fe* atribuye á Horacio el *Eclesiastes* (1), *currente rota*, digo, sin que lo del principio fuera una ánfora, salió un puchero.

Es, decir, salió un artículo del Marqués de Aguilar, de quien nadie seguramente había sospechado que pudiera escribir más que á su familia.

Porque este marqués de Aguilar era conocido, de sus amigos, como presidente de la Juventud Católica madrileña, presidente así, de la clase de marqués ó presidente constitucional, vamos, sin ejercicio, y á mayor abundamiento, como gentil hombre de D. Alfonso, en cuya comitiva de invierno solía ir los sábados por la tarde á la salve de Atocha, con un capote de color de panza de burro; pero lo que es como escritor. . . . ahí va la muestra, ó el artículo.

Se llama *Responsabilidades*, nombre que no me atreveré yo á decir si está mejor á peor elegido que el color del capote; lo que digo es que empieza:

“No es ocasión de culpar á nadie, sino de recapitular” . . . ¿qué? . . . “de recapitular hechos pasados . . .

Sumar las fuerzas
de cada uno
y atraer voluntades.

[1] Poco hace dijo *La Fe*, muy formal: *Nihil novum sub sole*, como dice Horacio.

Deben cesar los odios
y reanudarse
las amistades."

Perdóneme el engaño, lector benévolo.

Habíate dicho que los ripios del marqués de Aguilar habían sido perpetrados en prosa, y ahora resulta cada verso que vale un marqués de los literarios; más no creas por eso que fué mi ánimo engañarte, como los gobiernos doctrinarios, que ofrecen una cosa y luego dan otra. No hay más sino que al marqués de Aguilar, por lo mismo que se proponía escribir en prosa, le han salido muchísimos versos, menos premeditados, eso sí, pero tan alevosos como los de otro Cheste cualquiera.

Y sigue la tormenta:

"...pero por desgracia..." escribe usted, sí; ya lo conocíamos; "pero por desgracia..." nos vemos hoy inficionados del *espíritu batallador*, virus... (*¿espíritu ó materia? ¿en qué quedamos?*) virus racionalista que como enfermedad hereditaria nos inculó *insensiblemente* la revolución desde principios de este siglo, de las doctrinas nacidas al calor (*sí, como los pollos*) de las teorías del libre examen y de la enciclopedia."

¡No está usted mala enciclopedia... de desatinos!

¿Conque el *espíritu batallador* es un virus racionalista y una enfermedad hereditaria y una desgracia, etc., etc...?

¿Y usted cree que es usted católico?

Pero, hombre, ó marqués, si es al contrario: el espíritu batallador es el espíritu del cristianismo.

Como que su divino fundador dijo de sí: *Non veni pacem mittere, sed gladium.*

Pregunte usted á cualquier neo ó mestizo de los menos ignaros, y le dirá lo mismo y aun le citará á usted en confirmación aquello del libro de Job: *Militia est vita hominis super terram.*

Lo cual, por entenderlo al pie de la letra don Cándido Nocedal, se hizo miliciano desde muy joven.

Imitando en esto á un protestante de los primeros, llamado *Carlostadio*, que dejó el oficio que tenía y se hizo panadero, creyendo que sólo así cumplía la sentencia del Génesis que también entendía al pie de la letra: *In sudore vultus tui vesceris pane*. Y á otro, cuyo nombre no recuerdo ahora, que se subía á lo alto del tejado de su casa á predicar desde allí el Evangelio á su familia y á sus vecinos, porque había leído en San Mateo aquello de *Predicate super tecta*. Y á otro que se estaba las horas olvidadas predicando á su perro, porque había leído: *Predicate Evangelium omni creature*.

Mas dejemos á D. Cándido y á los protestantes, volvamos al marqués, y pasando por alto lo de "las doctrinas nacidas al calor de las teorías," que es una majadería insignificante en comparación de otras mucho mayores, vamos al párrafo segundo que al empezar parece que va á ser una seguidilla de las populares, de esta figura:

"Hoy ya no se discute,
Se ordena y manda."

Pero luego se corta el marqués y cambia de metro así como sigue.

“....Nos hemos olvidado
que Dios nos dió la palabra
para que ella nos sirviera
para usarla
moderadamente,
y procurando llevar
la persuasión á la mente....”

En donde, aparte de la mala forma, no hay más que la calumnia sacrílega de llamar á Dios moderado, que tanto vale el afirmar, con falsedad notoria, que nos dió la palabra para usarla *moderadamente*.

Pero, en cambio, un poco más abajo, se mete á enumerar el marqués las picardías del genio del mal, y después de colgarle el milagro vulgar de “la relajación de las costumbres en la Edad Media,” añade: “Y no pudiendo hoy ya oponerse á lo inquebrantable de *la roca en que asentaron la Iglesia los santos padres* y los concilios que confirman su doctrina....”

Y aquí tienen ustedes al pobre marqués, abrazado con una herejía como una loma. Porque decir lo que dice el marqués, aunque sea sin saber lo que dice, es decir que los santos Padres y los concilios fundaron la Iglesia, cuando la Iglesia la fundó Jesucristo, sobre la roca de que sin duda ha oído hablar el marqués; el mismo Jesucristo que dijo á San Pedro: *Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo ecclesiam meam.*

Lo cual de seguro no lo entiende el marqués; pero en fin, que entienda que afirmar como afirma que los santos Padres asentaron la Iglesia sobre la roca, es atribuir á la Iglesia origen humano, y es doctrina contraria á la católica, doctrina condenada.

¡Y luego anda diciendo *La Unión* que se publica bajo la censura eclesiástica! Pues entonces buena está la censura.... y el censor....

Pero en fin, yo no quiero detenerme en esta cuestión, y se la dejo íntegra á cualquiera de los venerables párrocos que por exceso de buena fe creen á pies juntos que Ramoncito Necedal es un pozo de ciencia, y un adalid del catolicismo, y un gran polemista, y un carlista rabioso.

Cuando está probado que para él no hay más carlismo ni más nada que la prosperidad de su periódico y la glorificación personal suya.

Tampoco me parece que está bien eso de que los Concilios confirman la doctrina de la Iglesia; la definen ó la declaran.

Habla luego del hombre, y dice:

“Su opinión, monstruoso engendro
de este examen ciego, es
un dogma infalible ante
el que *se estrellan en vano*
las lucubraciones de otro
calculador egoísta....”

¡Egoísta! Sí; egoísta, y muy egoísta es usted, que sabía todo eso y se lo tenía tan callado.

Especialmente lo de que “se estrellan en vano,” frase y concepto que están llamados á introducir una

revolución en la ciencia. ¡Mire usted que estrellarse en vano. . . .

¿O quiere usted decir que se dan casos de estrellarse con fruto? Pues entonces, si alguna vez se estrella usted, lo que Dios no permita, avise usted, á ver si ha sido en vano ó con resultado positivo; que regularmente habrá sido en vano. . . .

Sigan ustedes leyendo el parto del marqués de Aguilar, y se *estrellarán* ustedes *en vano* contra otro párrafo que no dice nada, ni un mal disparate siquiera; pero luego llegarán ustedes á otro en que habla el marqués de "unir voluntades (¿?), crear entre ellas una subordinación á un *punto* culminante para aspirar á un *punto* final. . . ." Que era lo mejor que podía él hacer en su artículo. Digo, lo mejor no; lo mejor era que no le hubiera empezado.

Y dejemos esto de los *puntos* por ser, entre aristócratas, materia muy resbaladiza y muy ocasionada á alusiones.

Aunque no fuera gobernador el conde de Xiquena.

Otro párrafo:

"¡Fatal condición la del hombre. . . pero esperar que por el convencimiento. . . alcance resultados, podemos desesperar que en nuestros días tal suceda."

Pero esperar. . . podemos desesperar. . . ¡Anda, salero! O ¡anda marqués! que casi es lo mismo.

"¿No podríamos—pregunta un poco más adelante—dominar nuestras pasiones exaltadas, parar un instante nuestra atención, *recapacitarnos* (sic) y aprovechar esa plétora de fuerzas perdidas? . . ."

Plétora de disparetes es la que tiene usted, señor marqués. . . ¡Cuidado con el *recapacitarnos*! Como

si dijera *pensarnos*. Pues piénsese usted, señor marqués, que los demás no tenemos gana.

Y aquí la emprende el señor marqués contra las pasiones y las maltrata casi tanto como á la *syntaxis*.

Dice que son malas y que

"Aunque consigan á veces
ennoblecen *aun* al hombre
hasta el heroismo, son
fatales sus consecuencias
y *más* cuando constituyen
un hábito en su existencia. . . ."

Consonantes y todo, como quien dice: ¿Por qué no escribirá en verso este marqués, á ver si así le salía prosa?

Y ¿no han reparado ustedes en aquello de "ennoblecen *aun* al hombre?" ¿Verdad que es un *aun* muy filosófico?

Por último. . . no porque se concluya el artículo del marqués, que *aun* está empezando, sino porque yo voy á concluir el mío; por último. . . antes de llegar á la mitad, saltando, como de piedra en piedra, de disparate en disparate, me encuentro con esto:

"Evitemos á todo trance que nuestra razón nos domine. . . ."

¡Acabáramos, hombre! No diga usted más.

Si hubiera usted empezado por ahí, estábamos de vuelta.

"Evitemos á todo trance que nuestra razón nos domine. . . ."

¿Es que quiere usted que nos dominen las pasiones ó el instinto? . . .

Pero sea lo que quiera, lo que es por usted puede usted estar tranquilo y sin escrúpulos.

Me parece que lo tiene usted evitado.

XI

Hoy á darles á ustedes un duplicado de marqués. No porque se haya perdido el primer ejemplar, con lo cual no se perdía mucho, sino porque hay marqueses que merecen conservarse dobles.

O doblados.

¿Se acuerdan ustedes de aquel marqués *enhiesto*, digo, de aquel marqués del *olmo enhiesto* que *flaqueaba*

Del valle extenso en la feraz llanura;

vamos, de aquel marqués que llamaba *yedra* á su mujer, y luego *medraba al calor*, y luego *triunfabá* y después *florece*, y hacía otra porción de habilidades, todas en un soneto de dos *cuyos* y cuatro *muertes* y muchísimos ripios?

—¡Ah! . . . sí, es verdad.

—Pues claro que es verdad. Así como también lo es que posteriormente me he tropezado con otros dos sonetos de la misma ganadería, es decir, del

mismo marqués y de la misma *Ilustración Española y Americana*.

Y como quiera que estos dos sonetos mellizos no desmerecen nada al lado de su hermano mayor, el del *olmo*, pareceme que sería un poco de injusticia no sacarlos al aire, aunque sea á los dos juntos, en otro artículo, ya que son de un parto.

Así como así, llamándose el marqués delincuente marqués de Dos Hermanas, no deja de ser de razón que lleve un rifirrafe por cada una.

Aun á riesgo de que se venga y nos suelte otro par de sonetos como los de ahora.

El primero se titula: *Mi firme propósito*, y.... verán ustedes *Mi firme propósito*, digo el firme propósito del marqués; porque el mío ya le saben ustedes: no dejar duque, ni conde, ni marqués versificador, ni académico, ni botarate, en general, de cualquier clase que sea, sin su zurribanda correspondiente.

En cambio el *firme propósito* del marqués de las Dos.... etcétera, debía ser el de no volver á meterse en versos de once varas, digo, de once sílabas, ni en sonetos de catorce versos, ni en nada, absolutamente en nada de poesía ni de literatura.

Pero ¡quía! ¡Vayan ustedes á entenderse con un marqués, sobre todo, si es de estos modernos ó modernizados, que no comprenden sus intereses políticos ni sociales, ni aun los personales ó metálicos que echaron á derretir en la *gran caldera*.... aquella que inventó hace veinte años el duque de Frías para adornar un discurso en el Congreso!

Nada; que no se convencen de que no sirven para

el paso, y luego, como dice el refrán, el mayor mal de los males es tratar con.... duques ó marqueses de estos que hacen sonetos para divertir á sus hijos y para distraer á los oficiales de peluquero, mozos de café, y demás lectores habituales de la susodicha *Ilustración* por mal nombre.

En fin....

“MI FIRME PROPÓSITO

“No quiero, no....”

¡Bien hecho, no quiera usted, señor marqués; en eso, si lo que usted no quiere es escribir, le alabo á usted el gusto.

Lo malo es que no es eso.

Sino esto:

“No quiero, no, que el desencanto fiero,
Servil esclavo de la duda *impta*
Atormente jamás el alma *mía*
Cebando en ella su aguijón *certero*....”

¡Qué afición la de estos señores á poner mote á las cosas! Bien se acordarán ustedes que lo mismo hacía el duque de la semana pasada, ó sea el duque del *Pámpano*. Los epítetos son su fuerte. Al sustantivo que no le ponen un epíteto le ponen dos, uno á cada lado, formando con eso una especie de poesía epitetera, que suena así como *patatera*, y que se diferencia de la otra poesía, es decir, de la no aristocrática ni académica, es decir, de la verdadera poesía, lo mismo que una espuerta de coles, de un canastillo de rosas.

Y más todavía; porque al fin las berzas, aunque

prosáicas, no dejan de ser útiles, y la *poesía*, llamémosla así, académico-aristocrática, para maldita de Dios la cosa sirve.

Desencanto *fiero*, esclavo *servil* (¡no, que sería esclavo libre!) duda *impía*, alma *mía*, es decir, de marqués ó de cántaro, y aguijón. . . . Pues el aguijón, para no ser menos que los demás títeres, también tenía que ser algo, y por casualidad le tocó ser *certero*.

Y además le tocó *cebarse*, que es una cosa que no suelen hacer los aguijones. Se *clavan* pero no se *ceban*. Los marqueses son los que se *ceban* en la *poesía*.

Pero vamos á otro cuarteto:

“No quiero hallar, *escrutador severo*,
Doquier desilusión, doquier falsía,
Ni vivir apurando la agonía
De abjurar *con horror del mundo entero*.”

¿Con horror nada más? Con horror, terror y furor del mundo entero y del mundo *partido*; y aun de sí mismo debiera usted abjurar, *escrutador severo*. Es verdad que no se sabe con toda certeza si con horror propio abjura usted del mundo entero, ó si abjura usted de sí mismo, horrorizándose todo el mundo.

Y luego dice usted muy guapo que no quiere hallar falsía. . . . Pues, amigo, tenga usted paciencia, que también los demás hallamos falsías y falsificaciones y nos aguantamos..

Yo, por ejemplo, al ver el otro día en una página de *La Ilustración* forma exterior de versos, creí ha-

llar *poesía* y me encontré con sonetos de usted. Con que. . . fastidiarse, y, como dice el refrán, no la hagas, no la temas.

No dé usted á nadie soneto por liebre, y no hallará usted tantas falsías en el mundo.

Vengan los tercetos:

“Quiero iluso vivir, y en mi locura. . . .”
(*Quiere iluso vivir. . . . ¡Qué chifladura!*)

Y aquí sí que es verdad aquello de querer es poder.

“Quiero *iluso* vivir, y en *mi locura*,
“Sin la experiencia que lo inicuo advierte. . . .”

Bien se conoce que no le han advertido á usted lo inicuo del soneto.

“En bien trocar el mal de la impostura,
Quiero *iluso* vivir. . . . y en mi locura. . . .”
(*Reincidencia se llama esta figura*.)

“Quiero iluso vivir, *pues de otra suerte*,
La muerte de *esta fe* que es mi ventura,
Con la *atroz* realidad me diera muerte.”

¡Con la *atroz* realidad! . . .

Con la *atroz* barbaridad, habrá usted querido decir, que es con lo que usted da muerte á la *poesía* y al sentido común y á todo. *Pues de otra suerte* (¡vaya una frase poética!) Pues de *otra suerte* no confundiría usted la *fe* con la *ilusión*, ni querría vivir *iluso*. . . .

Y eso que en esto del querer, hay gustos (y marqueses) que requieren palos.

Y se acabó el soneto.

Pero tomen ustedes aliento, y allá va el otro. Que sólo se diferencia del uno en que no lleva título especial; se llama simplemente *soneto*, y es así:

“Yo miro al cielo azul, y tras...”

¡Muy bien! El marqués mira al cielo azul y ¡tras!... se oscurece.

¿Ustedes creerán que con ese ¡tras! del marqués se oscurece el cielo? Pues no, no tanto.

“Yo miro al cielo azul y tras su esfera...”

Pero antes de meternos tras de la esfera, observen ustedes el *yo* con que comienza el verso, que es sin duda un *yo* muy interesante, es decir, muy ripio.

Pues que si el marqués hubiera dicho *Miro* nada más, sin el *yo*, hubiera podido creerse que el que miraba no era él, sino Cánovas, por ejemplo, que mira a todas partes y nunca se sabe donde mira.

“Yo miro al cielo azul...”

En la escasez de curas que siguió a la primera guerra civil, tuvo el obispo de cierta diócesis que echar mano para servir una parroquia de un pobre capellán que nunca se había visto en aquel trance.

Para colmo de su angustia, el primer día festivo que iba a ejercer funciones parroquiales, avisáronle que se había acabado el agua bendita, y como no tuviera otro remedio, comenzó los preparativos necesarios para bendecir agua.

Tenía idea de haber visto alguna vez la bendición de la pila el Sábado Santo, y creyendo que todo era igual, mandó al que hacía de sacristán, entre otras cosas, que le trajera los Santos Oleos.

El sacristán de afición, que era de lo más leído del pueblo, y además la práctica le había hecho fuerte en ceremonias, obedeció; pero no quiso cargar con la responsabilidad de que el vicario hiciera un disparate por no advertírselo, y al entregarle las crismas le dijo lo más respetuosamente que pudo:

—Señor, el otro vicario nunca echaba los Santos Oleos en el agua que bendecía, así entre año.

Y el pobre capellán, no queriendo dar su brazo a torcer, pero no queriendo tampoco hacer un disparate por terquedad y por soberbia, salió airoso del paso diciendo:

—No, ya sé yo que no hacen falta; pero bueno es que estén presentes.

Casi lo mismo pasa con ese *yo* del marqués. No hace falta, pero bueno es que esté presente.

“Yo miro al cielo azul, y tras su esfera
Velados mundos sueña mi ardimiento.
Miro...”

¿Pero es usted mismo el que mira también ahora? Como no dice usted *yo* miro... si acaso.

“Miro el sol que ilumina el firmamento,
Y hallar pienso...”

Qué cosas hallan estos marqueses literatos! En fin, como la poesía es todo ó casi todo invención, cada uno puede hallar lo que más le guste.

“Miro el sol que ilumina el firmamento
Y hallar pienso más luz tras su lumbre.”

Y van dos *trases*. Y unos mundos *velados* y *casados* muy interesantes. Y un *mi ardimiento* muy dul-

ce y muy armónico, y un *tras su lumbrera* que da el opio.

Apuremos la agonía, como dice el reo, que sigue mirando:

“Miro al mar, y en *fantástica quimera*...”

Ti-ca-qui. Armonía imitativa.

“Miro al mar, y en *fantástica quimera*
Del mar trasluzco el ámbito *opulento*...”

El tercer *tras* es ya este *tras-luzco*.

En cambio el *opulento* aplicado al mar, es el primero... en su clase.

“Miro al mar y en *fantástica quimera*,
(*St, st, mire usted todo lo que quiera.*)
Del mar trasluzco el ámbito opulento.
(*¡Traslucir es! y por usted lo siento.*)
Y el monte miro, y sueña el pensamiento
(*¡También eso es soñar, que es un portentoso!*)
Los mil *enigmas* de la edad primera.”
(*¿Enigmas? ¡Calavera! ¡Calavera!*)

Pasemos por la *opulencia* del mar y porque *sueña el pensamiento* en lugar de la imaginación, y por todo... Por todo hay que pasar con estos mar-queses. Hasta por los *enigmas* de la edad primera ó de la segunda, que así tienen que ver con la *opulencia* del mar como los sonetos del marqués con el buen gusto. Y acaba:

“Mas cielo, y tierra, y mar, y sol *brillante*...”

Bueno; pero ¿dónde nos deja usted la luna, y las estrellas, y los dromedarios, y los marqueses que

escriben versos?... Ya, puesto á amontonar, debe usted meter allá todas esas cosas.

“Mas cielo, y tierra, y mar, y sol *brillante*
No anuncian tanto...”

Como la sociedad general de anuncios, ¿eh? Claro que no; porque no es ese su instituto. ¿De dónde saca usted que el cielo y la tierra y la mar y el sol han de ser agentes del Sr. Calzado? Vamos á ver... *¡No anuncian tanto!*... Usted sí que anuncia que no sabe usted donde tiene su mano derecha!

“Mas cielo, y tierra, y mar y sol *brillante*
No anuncian tanto á mi febril vehemencia...”

¡Acabáramos! Tiene usted fiebre... Ya se conocía. Por eso quería usted vivir *iluso* en su *locura*...

“Mas cielo, y tierra y mar y sol *brillante*
No anuncian tanto á mi febril vehemencia
Como anuncia el pudor de *tus* sonrojos...”

¿Tus?... ¿Y de quién son esos sonrojos; ó en otros términos, ¿quién es *tus*?

¡Bah! La marquesa. Ya pareció aquello. ¡Pobre señora!... Porque ¡cuidado que también es desgracia estar casada con un soneto, digo con un marqués que hace sonetos y que no la ha de dejar en paz ni á sol ni á sombra!

Pero y luego ¿qué podrá anunciar *el pudor de los sonrojos*? Estoy por decir que no lo sabe ni *La Correspondencia*, que todo lo anuncia.

Y ahora vamos á ver la razón, digámoslo así, que da el marqués para que ni el sol, ni el mar, ni la

tierra, ni el cielo *anuncien tanto* como el pudor de los sonrojos de su señora:

“Pues hallo, *si me fiijo* en tu semblante,
 Más mundos, luz, misterios y *opulencia*
 Tras los *limpios* cristales de tus ojos....”

Sí hallará usted, sobre todo *opulencia*, si es que la señora marquesa era rica; pero me parece que eso de la *opulencia* no lo hallará usted tras (es el 4º tras de la corrida) no lo hallará usted tras de los lentes de su señora, sino tras de alguna gabeta ó tras de la cerradura de algún cortijo.

Y diga usted, hombre, y perdóneme la señora marquesa, tan oficiosa é inoportunamente traída al soneto, diga usted: ¿Le parece á usted que ese *pues hallo, si me fiijo*, sobre todo ese *si me fiijo*, es poesía?

Pues no lo es.

XII

PERO venga usted acá, señor vizconde de Campo Grande, antes D. Plácido Jove y Hevia; venga usted acá, víctima inocente del único chiste que se conserva todavía en la redacción de *El Siglo Futuro*. . . ; chiste tan sencillo, que consiste en escribir el nombre de usted con letras mayúsculas; venga usted acá.

Y dígame usted, por su vida conservadora: ¿Quién le ha engañado á usted?

Porque la verdad es que le han engañado á usted en ambos efectos, como dice la ley de Enjuiciamiento civil tratando de las apelaciones. En el efecto *suspensivo*, induciéndole á usted á escribir versos que dejan suspenso al más pintado; y en el efecto *devolutivo*, induciéndole á usted á pedir que le devolvieran ese título de vizconde, abandonado por su abuelo de usted, que santa gloria haya.

Y es indudable, para mí es indudable, que le han